

«LABORAR POR LA CULTURA»

Por Carlos de Torres Laguna
(C. de la Real Academia de la Historia)

DADA la diferencia de edad existente entre Cazabán y yo, además de mi ausencia del Jaén en el que él vivía, no tuve el gusto de tratarle personalmente. Sin embargo, llegué a conocerlo cuando hice mis primeros estudios en la capital, y aún me parece, en mi vivo recuerdo, verlo por el vestíbulo del Palacio provincial o en el incipiente Museo provincial de Bellas Artes, dirigido por él mismo. Impresionaba a mi juventud de adolescente el husto de su persona física, propio de un emperador romano, su expresión franca y abierta, y su natural distinción.

Cazabán fue una figura relevante del primer tercio del actual siglo en la vida provincial. Hombre inteligentísimo y culto, desbordaba actividad y dinamismo en cuantos ámbitos intervenía, siempre actuaba en segundo plano —especialmente en política— dada su modestia proverbial, tratando de pasar inadvertido a los demás. Era polifacético en sus múltiples actividades personales: escritor, poeta, arqueólogo, historiador, periodista, político, etc. Mas a pesar de ser altamente meritorio todo ello, su labor cumbre fue la creación y publicación de la revista mensual «Don Lope de Sosa», de arqueología, historia y arte provincial, aparecida en enero de 1913 hasta su óbito, allá por los primeros años de la década treinta. Con su publicación, Cazabán pretendía desenvolver su gran mentalidad y esfuerzo inteligente en el amplio campo de las ciencias históricas en todas sus manifestaciones, el arte en toda la libre y gallarda expresión de su belleza, porque historia y arte son ahora y antes fueron —según decía él mismo en su primer número— los más elocuentes testimonios de la vitalidad de nuestro Santo Reino, de nuestra gloriosa provincia, que con hechos y con obras ha merecido el universal

respeto, la admiración de los hombres y el tributo del homenaje de los pueblos. Y pormenorizaba sus propósitos en un vasto plan, cuyo resumen sintetizaba en estas cuatro palabras: «laborar por la cultura».

Ahí está la colección completa de «Don Lope de Sosa» proclamando muy certeramente su triunfo pleno en estos nobilísimos proyectos culturales, a pesar de la modestia de los recursos tipográficos empleados a tono con aquellos tiempos. Esta publicación suya —nunca mejor empleada la palabra, porque él era el alma y el primun móvere de la misma— llenó toda una época de la historia y del arte provinciales, dando a conocer en nobilísima labor divulgadora aspectos insospechados de ellos, con tal carácter de permanencia que aún hoy es insustituible obra de consulta para los que sentimos inquietudes de este género, particularmente en su aspecto y circunstancias localistas. Y todo esto en lucha abierta y permanente con la incomprensión de muchos y la indiferencia de no pocos, sin más recursos que su arca pobre —como él solía decir— llenas de entusiasmo y aliento vivificador que impulsa a los hombres y les hace merecer, si la nobleza los guía, el favor de las gentes, que es la más codiciada y espléndida fortuna.

Este triunfo literario de Cazabán fue reconocido por el contemporáneo y amplio mundo social en el que estaba inmerso, satisfacción personal que tuvo y supo paladear —mieles del renombre y la fama— al ser agasajado por los más relevantes comprovincianos con la celebración de «otra cena jocosa» en la noche del 25 de noviembre de 1928, festividad de Santa Catalina.

Cazabán desdeñó las cosas vanas de la vida y amó la cultura como todos los espíritus generosos, hasta el punto de que «laborar por la cultura» fue el lema de toda su vida. Inteligentemente sabía que la cultura es la llave para abrir las puertas de los factores morales, esenciales al bienestar de los pueblos y de los hombres.